

MEDITA CONMIGO

"Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades." (Is 64:7).

Dos mil setecientos cuarenta años se dice fácil; hace todo este tiempo que el bien reconocido Isaías como profeta del Señor, comenzó su ministerio; nada fácil resulta hablar asertivamente del significado de sus palabras, las cuales se remontan a tiempos aún más antiguos del pasado pero también a tiempos futuros, que bien podríamos calificar de apocalípticos; en esta ocasión no es mi propósito referirme a asuntos escatológicos, aunque tiene que ver con ello, sino más bien a las actitudes de los hombres en estos últimos tiempos, que en principio son similares pero más intensas que en los tiempos del profeta.

Preguntémonos, si a Isaías se le diera el venir a nuestro presente ¿cómo expresaría esas mismas verdades frente a nuestra realidad? ¿Podríamos pensar que si sus afirmaciones de aquel tiempo suenan exageradas, no encontraría palabras adecuadas para describir la situación imperante en nuestros días? Al afirmar: *Nadie hay que invoque tu nombre* ¿Se estaría refiriendo sólo al pueblo israelita, o a los hombres en general? Para el caso del presente sólo basta observar que la religiosidad del hombre es manifiesta y abundante, sin embargo, no se apresta a buscar el punto de apoyo en Dios para llevar a cabo sus designios, sino en los recursos que puede mirar, palpar, o entender, y aún dentro del ámbito religioso.

El punto importante para los que creemos a los profetas de las Escrituras es poder discernir quiénes son los hombres que hoy están hablando conforme al Espíritu que los movía a ellos, que no solamente estén denunciando y oponiéndose a las malas obras de los hombres, sino que se compunjan al igual que Daniel e Isaías y exclamen como ellos: *Pecamos nosotros y nuestros padres* (Dan 9:4-15; Is 64:5) y que exhorten a despertar del letargo que parece tendido en el mullido sillón de su religiosidad; tener un punto de apoyo adecuado y eficaz es tan importante que el científico matemático Arquímedes plasmó su descubrimiento en esta frase: *Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo*. Cuando algún hombre ha manifestado tener su punto de apoyo en Aquél que creó el universo, y que sabe que somos como arcilla en sus manos han sucedido cosas, como abrirse el mar para salvar a un pueblo (Is 63:11-14); o detenerse el sol en un punto durante casi todo un día (Jos 10:12-13), o derribar un templo pagano con sólo dos brazos (Jue 16:28); o aún más hablar la verdad frente a un mundo incrédulo aunque ello ponga en riesgo las comodidades o la vida misma (Ap 2:10). El principio de la palanca que descubrió Arquímedes ha de ser para los que decimos creer en Dios ni más ni menos que la fe; lo deplorable es que hemos estado apoyando esa palanca en todo menos en el que todo lo puede (Sal 52:5-7); es decir que lo hemos llamado omnipotente pero sólo de labios (Is 29:13), y en la práctica de la vida nos apoyamos en otros dioses, uno de los más sutiles y envolventes es el dios dinero, luego el dios intelecto, luego el dios poder político, el dios ego, y otros tantos que pasan inadvertidos; la consecuencia de esto para nuestro tiempo, como lo fue en el tiempo de Isaías, es que se ha venido marchitando la dignidad humana invadida por la injusticia, la violencia y la degradación moral, porque parece que Dios ha escondido su rostro; no importa cuánto maquillaje usemos para disimularlo esa es la realidad; y si hay algo práctico que conviene hacer es volver el corazón a las palabras del nazareno: *Si tuviereis fe como un grano de mostaza*, y aceptar que nuestro corazón divaga (Sal 95:10; Heb 3:12-19), y no ha puesto su confianza en Dios (Sal 78:5-8), y aún los tenidos por más justos y santos han errado poniendo su confianza en sus propias justicias (Is 64:6; Rom 10:3; Lc 18:9-14); no hace falta preguntar si Dios quiere que los hombres despierten para apoyarse en Él; el asunto difícil no es despertar a un dormido, sino a un despierto (Jn 9:39).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava.